Semana Ecuménica
Promovida por el Movimiento de los Focolares

Castel Gandolfo, 12 de mayo de 2017

El Carisma de la unidad en el Movimiento ecuménico

Maria Voce
Presidente del Movimiento de los Focolares

Queridísimos hermanos y hermanas:

¡Que Jesús esté en medio de nosotros!

Y esto es posible ya que Él mismo prometió: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mt* 18,20). Es la frase del Evangelio que nos guía en esta jornada y esperamos que también ahora sea así.

Saludo a todas las autoridades religiosas, que nos honran con su presencia, en particular a Su Eminencia Gennadios Zervos, Metropolita greco-ortodoxo de Italia y de Malta; a los tres relatores de esta tarde: el obispo Mons. Brian Farrell, Secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la unidad de los cristianos, el obispo evangélico Christian Krause, y el reverendo doctor Martin Robra, responsable de la formación ecuménica permanente y del *Camino por la justicia y la paz*[i] del Consejo Ecuménico de las Iglesias.

En mi intervención querría subrayar lo que la espiritualidad de la unidad, o espiritualidad de comunión, nacida del carisma de Chiara Lubich, puede ofrecer al camino hacia esa unidad plena y visible en Cristo, a la que Él mismo nos ha llamado.

a) Pienso que este tema interesa a todos los presentes, conscientes de que las heridas, infligidas al Cuerpo místico de Cristo durante los siglos, tienen relación con todo el pueblo de Dios y por eso juntos querríamos poder contribuir a sanarlas.
Jesús crucificado y abandonado, que ha asumido todos los pecados y todas las divisiones, nos pide que le reconozcamos y le amemos en cada rostro suyo doloroso, para dar nuestra propia contribución, abrazando y consumando en nosotros este dolor, en esa divina alquimia que sabe transformar el dolor en amor.

b) El amor de Cristo como base fundamental de la relación entre cristianos de diferentes Iglesias, fue sellado ayer por la tarde en las catacumbas de S. Sebastián con un ‘pacto’, el

pacto del amor recíproco según S. Juan 13,34: "Ámense mutuamente, como yo les he amado", el corazón del Evangelio.
Este 'pacto' nos une en Cristo, en su Amor, y aunque no podamos recibir la Eucaristía juntos, lo cual anhelamos con todo el corazón, espiritualmente estamos y nos consideramos unidos en Él, debido también a nuestro común Bautismo. Y juntamente con el apóstol Pablo nos preguntamos: "¿Quién nos separará del amor de Cristo"?

c) Me parece que en estos días se ha puesto de relieve un tercer aspecto, un fruto, si podemos decir así, de la espiritualidad de la unidad vivida. Chiara y las primeras focolarinas decían en los inicios del Movimiento de los Focolares, haber experimentado que entre ellas, silenciosamente, se había introducido una tercera persona: Aquél que había prometido: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20).
Jesús en medio entre cristianos de diferentes Iglesias: Él es nuestra unidad. (Cf. Juan Pablo II, Ut Unum Sint).

Basándome en esta premisa, querría ahora volver a leer con ustedes los 5 "imperativos", formulados en el documento católico-luterano "Del conflicto a la comunión", elaborado con ocasión de los 500 años de la Reforma. Son imperativos que según mi parecer no se refieren solamente a luteranos y católicos, sino que pueden ser vividos por cristianos de todas las Iglesias, puestos como base para un proficuo compromiso ecuménico, no sólo para los diálogos teológicos, sino también precisamente para nosotros, que subrayamos entre otras cosas la importancia del "diálogo de la vida", el acercamiento entre los cristianos en la vida de cada día.

1. Partir de la perspectiva de la unidad

"Primer imperativo: … siempre partir de la perspectiva de la unidad y no desde la óptica de la división, para reforzar lo que tienen en común, aunque sea más fácil descubrir y experimentar las diferencias."[ii]

Partir de la perspectiva de la unidad. Ya desde los albores del Movimiento de los Focolares Chiara Lubich dirige a sus compañeras esta invitación: "Jesús, modelo nuestro, nos enseñó sólo dos cosas, que son una: a ser hijos de un solo Padre y a ser hermanos los unos de los otros"[iii]. El descubrimiento de que "Dios es Amor" (Cf. Jn. 4,8), de que Dios es Padre, es una verdad fundamental de nuestra fe.

Debemos estar seguros de que Él está cerca de nosotros, que sigue cada uno de nuestros pasos, que se esconde detrás de todas las circunstancias dolorosas y gozosas, que conoce todo de nosotros. Impresiona la frase de Jesús: "Hasta los cabellos de su cabeza están contados." (*Lc* 12,7) ¿Por qué? Porque nos ama. Debemos creer en su amor. Es esto lo que da sentido a nuestra vida. ¿No debería ser este redescubrimiento de Dios-Amor la base fundamental para poder partir de la perspectiva de la unidad?

Partiendo juntos de este punto fundamental del cristianismo es posible profundizar nuestro patrimonio común, todo aquello que ya nos une. Estamos unidos incluso por un vínculo

sacramental, el Bautismo, que nos inserta en el único Cuerpo de Cristo (Cf. Unitatis Redintegratio). ¿Somos conscientes de que el Bautismo nos hace hermanos y hermanas en Cristo? Entonces, nuestro modo de pensar, de hablar, de relacionarnos entre cristianos cambia: descubrimos la presencia de Jesús en la hermana y en el hermano; aumentan el respeto, la estima, del uno por el otro.

2. Dejarse transformar por el encuentro con el otro y por el recíproco testimonio de fe

"Segundo imperativo: dejarse transformar continuamente por el encuentro con el otro y por el recíproco testimonio de fe."[iv]

Casi podría darnos miedo: Dejarse transformar por el encuentro con el otro, por el recíproco testimonio de fe. ¿Quiere decir que debo perder algo de mí?

"Quien está cerca de mí ha sido creado como un don para mí y yo he sido creada como un don para quien está a mi lado"[v], afirma Chiara Lubich. La riqueza del otro se descubre cuando lo amo con la medida de Jesús. Entonces estoy dispuesta a la escucha, a una escucha que permite al otro dar todo de sí mismo. Esta escucha exige por mi parte un esfuerzo, vaciarme de mis ideas, de mis preconceptos, para que el otro pueda entrar en mí. Amando así, desinteresadamente, me enriquezco de los dones que el otro me hace. Se amplía mi horizonte; comprendo sus motivaciones, su modo de pensar.

Hay una palabra que puede ayudarnos a recordar este punto, es "hacerse uno". San Pablo dice: "Hacerse todo a todos para salvar a toda costa a alguno".

3. Comprometerse a buscar la unidad visible – tender constantemente a este objetivo

"Tercer imperativo: Comprometerse de nuevo a buscar la unidad visible, a elaborar y desarrollar juntos lo que esto comporta como pasos concretos, y a tender constantemente hacia este objetivo"[vi]

¿Cómo? Volviendo a nuestra raíz común: la Palabra de Dios. Su Palabra no es un simple recuerdo, sino la Palabra que Él nos dirige hoy a todos nosotros. Estamos todavía en el tiempo pascual, Él ha resucitado y como tal continúa dirigiéndose a nosotros. Y si somos Palabra viva, entonces no somos ya nosotros quienes vivimos, sino que Cristo vive en nosotros, como dice S. Pablo.

Además, desde el principio, en el Movimiento de los Focolares, era espontánea la práctica de contarse recíprocamente los descubrimientos que se hacían viviendo la Palabra, es decir, las experiencias de la Palabra vivida. Todavía se hace esto, precisamente para la edificación común, como subraya todavía S. Pablo.

4. Redescubrir conjuntamente la potencia del Evangelio

"Cuarto imperativo: Redescubrir conjuntamente la potencia del Evangelio de Jesucristo para nuestro tiempo."[vii]

Si vivimos el Evangelio así, podremos verdaderamente redescubrir la potencia del Evangelio para nuestro tiempo.

Fue precisamente este descubrimiento del Evangelio, todavía en los refugios antiaéreos de Trento durante la Segunda Guerra Mundial, lo que dio a un pequeño grupo de chicas la fuerza de iniciar una vida nueva, y que ha fascinado después a personas en todo el mundo. Fue la narración de esta experiencia del Evangelio vivido lo que fascinó a los primeros hermanos y hermanas luteranos en 1961 en Alemania, y fue un gran descubrimiento para todos el poder vivirlo juntos. Desde entonces, millares de hermanos y hermanas de Iglesias cristianas tratan de vivirlo, de reunirse para intercambiarse las experiencias, llegando de este modo a ser 'células vivas' del Cuerpo místico de Cristo.

5. Dar juntos testimonio de la misericordia de Dios en el anuncio del Evangelio y en el servicio al mundo

"Quinto imperativo: ... Dar juntos testimonio de la misericordia de Dios en el anuncio del Evangelio y en el servicio al mundo."[viii]

Si vivimos la Palabra, el amor, el amor recíproco, con esta intensidad, podemos verdaderamente dar testimonio de la misericordia, es decir, del amor de Dios. ¡Y sabemos cuánto espera el mundo este testimonio nuestro! Porque la unidad entre nosotros no es fin a sí misma, es para el mundo, yo diría, urgente en estos días, sobre todo para la Paz en el mundo.

Sabemos bien cuál es el motivo más profundo del terrorismo: es el resentimiento, el odio comprimido, el deseo de venganza, incubados en pueblos oprimidos desde hace tiempo por esta división de nuestro planeta en dos partes: una rica y una pobre y, a veces, miserable. Lo que falta, por lo tanto, en nuestra Tierra, es tratarse como hermanos y hermanas, es la comunión, la solidaridad, el compartir. Hay que compartir los bienes, pero como se sabe: éstos no se mueven solos, es necesario mover los corazones.

Jesús dijo que el mundo nos habría reconocido como sus discípulos, y a través de nosotros lo reconocerían a Él, por el amor recíproco, por la unidad: "De esto todos conocerán que son discípulos míos, si se aman los unos a los otros" (*Jn.*13,35).

El amor recíproco, la unidad debe ser, por tanto, nuestro uniforme, nuestro distintivo, y el distintivo de su Iglesia. Pongamos entonces toda nuestra confianza en este amor evangélico.

Queridísimos hermanos y hermanas, querría concluir mi intervención subrayando lo que dije en ocasión de la "Declaración de Ottmaring", en la que, como Movimiento de los Focolares, quisimos reafirmar nuestro compromiso ecuménico, precisamente siguiendo la estela de los eventos de Lund.

Decía: "Hoy ya no tiene sentido que los cristianos se presenten fragmentados. Influyen poco e influirán cada vez menos si no están unidos para testimoniar el único Evangelio, el mandamiento del amor recíproco. Por tanto, si nosotros cristianos no sabemos dar este testimonio, el mundo no podrá encontrar a Dios, porque no podrá encontrar a aquel Jesús que está presente donde los cristianos están unidos en el amor recíproco. Si en cambio, lo encuentran, nacerá en ellos la fe,

cambiarán las actitudes, el modo de comportarse, vencerá la búsqueda de la paz y de soluciones de justicia, y el empeño por la solidaridad entre los pueblos".

Mi deseo de hoy es que juntos podamos ponernos y permanecer "en camino" con Jesús entre nosotros "para que el mundo crea".

---

[i] Programme Executive Continuing Ecumenical Formation and Pilgrimage for Justice & Peace
[ii] Del Conflicto a la Comunión, p. 384
[iii] Chiara Lubich, El arte de amar, Ciudad Nueva 2006, p.25
[iv] idem
[v] Chiara Lubich, La doctrina espiritual, Ciudad Nueva 2005, p.124
[vi] idem
[vii] idem
[viii] idem